

Dodgson hijo fue muchos otros. Lo prueban sus obras pero, especialmente, esa habilidad para inventar o imitar caligrafías (hay un billetito donde se hace pasar por la Reina Victoria): escritos para leer en un espejo, de abajo hacia arriba del papel, con renglones en espiral o líneas entrecruzadas. Un tejido muy del gusto de una dama victoriana. Que fuera, a la vez, una niña intacta y sagrada.

Todo esto ha sido bien elaborado por Cohen. Corresponde sugerirle un epítome o versión abreviada de su robusta biografía, a fin de que los lectores podamos evitarnos sus padecimientos de documentalista.

B. M.

El debate prohibido*

La teoría del equilibrio general, enunciada por los economistas liberales, o teoría pura de la economía de mercado, establece que los facto-

* *Jean-Paul Fitoussi*, Moneda, Europa, Pobreza, traducción de Guillermo Sánchez Gállego, Paidós, Barcelona, 1998, 240 págs.

res de la producción serán remunerados según la medida de su productividad marginal. El trabajo, uno de esos factores, considerado como una mercadería más, está, por consiguiente, sometido a la misma regla. El problema se suscita cuando la remuneración de la productividad marginal del trabajo no alcanza para cubrir las necesidades de subsistencia. La respuesta a este problema, aportada en 1954 por K. Arrow y G. Debreu en el artículo «Existence of an equilibrium for a competitive economy», supone una condición preexistente que soluciona la dificultad. Ellos dan por supuesto que todo el mundo tiene recursos suficientes para vivir sin trabajar y que, por lo tanto, puede ejercer su preferencia por el ocio si la retribución de su trabajo le resulta insatisfactoria.

Una interpretación alternativa más reciente, generada por las objeciones acerca de la practicabilidad de la solución propuesta por Arrow y Debreu, expresa que la teoría del mercado mantiene toda su vigencia una vez que ha sido eliminada de aquél la parte de la población cuya productividad marginal genera ingresos insuficientes para subsistir. En otras palabras, según esta aproximación, el mercado recupera el equilibrio con los supervivientes.

Este bagaje teórico que oscila entre la irrealdad del laboratorio y el cinismo, da sustento a las políticas económicas reales aplicadas a partir de los últimos setenta con la

llamada «revolución conservadora» de Margaret Thatcher, e intensificadas desde la caída de los regímenes del comunismo real a través del proceso de globalización económica. Pero además, los divulgadores de este modelo omiten un detalle que altera cuantitativa y cualitativamente los resultados prácticos. Los teóricos del equilibrio general definen una propuesta que, si bien abstracta, tiene en cuenta el beneficio de la población considerada en su conjunto. Ellos sostienen que el libre juego de la oferta y la demanda en el mercado maximiza el beneficio total, siempre que se trate de un *mercado perfecto*, cuya condición ineludible es que, tanto por el lado de la demanda como por el de la oferta, los concurrentes tiendan a infinito y sean de un peso económico equivalente y no decisivo. Vale decir que la entrada o salida individual o de un grupo orgánico del mercado no altere sustancialmente ni cantidades ni precios.

Basta que cualquiera de nosotros, aunque sea neófito en economía, eche una mirada a su alrededor, para que se dé cuenta de que estas condiciones no se verifican en la realidad, sino que, antes bien, hay entidades o grupos que ejercen un control oligopólico, cuando no monopólico, de los mercados, transformándolos en imperfectos, con lo cual la teoría pura que predice la maximización global de beneficios no se cumple. Con estas imperfecciones, la utilidad total del mercado baja y, por

sobre todas las cosas, se acumula en manos de determinados sujetos en detrimento de otros.

Jean-Paul Fitoussi, economista crítico —no es el único—, con una larga y prestigiosa trayectoria en la universidad, en la doctrina y como técnico de organismos económicos internacionales, saca a la luz en este libro, cuyo contenido se centra en el problema francés, pero que es extrapolable a cualquier país de economía capitalista, las falacias de la política económica aplicada durante los últimos veinte años y defendida por una *entente cordiale* entre grupos económicos beneficiados, profesores y comunicadores cuyo discurso oficial les ha dispensado el prestigio de la difusión mediática y sus compensaciones monetarias derivadas, y de políticos sin otra ideología —no importa su origen doctrinal— que la de detentar el poder.

Esa trilogía estratégica institucionalizó la idea del presunto «mercado», imponiendo un discurso único, dogmático y como tal totalitario, que ha descalificado sistemáticamente cualquier propuesta alternativa. Es el discurso del «no se puede hacer otra cosa», como dice Fitoussi, quien, sin salirse de las soluciones capitalistas, demuestra que sí hay alternativas dentro del sistema y sólo falta la voluntad de aplicarlas. La desinflación competitiva para estar en el mercado ha conseguido la estabilidad monetaria y, en ciertos países, el superávit de los intercambios exteriores, a costa del tercer

objetivo, el del pleno empleo. Fitoussi afirma con toda sensatez que es relativamente sencillo bajar la inflación y reducir el déficit exterior por medio de la recesión o de la contención premeditada del crecimiento. Lo difícil es al mismo tiempo crear empleo.

Defensor del crecimiento global como alternativa a la lucha por las cuotas de mercado, Fitoussi propone una serie de medidas destinadas a facilitar la contratación de mano de obra y a favorecer el desarrollo económico. En particular se opone a las altas tasas de interés que rigen en el mundo desde los ochenta, que desalientan la producción y que convierten, paradójicamente, a los mercados financieros naturalmente a corto plazo, en gendarmes del largo plazo. Asimismo desenmascara el intento de culpabilizar a la mano de obra, a la que se pretende hacer pagar el cien por ciento de la factura del desempleo con el argumento aparentemente solidario de la distribución del trabajo. Para afrontar el problema del paro y devolver al trabajo su carácter de integrador social, propone que en la solución participen no sólo los salarios, sino los beneficios de las empresas y las rentas financieras, favorecidos por la masiva transferencia de ingresos de los últimos años. (En Francia, donde las estadísticas son creíbles, la participación de los salarios en la renta nacional descendió del 68,8 por 100 en los años sesenta al 60,6 por 100 en 1994.)

Este libro, sólo en principio para especialistas, es de tanto interés para conocer las causas y posibles salidas al problema socioeconómico que afecta nuestras vidas, que merece de los no especialistas el pequeño esfuerzo que pueda suponerles abordar su lectura.

Jorge Andrade

Sebastià Gasch: el crítico como vanguardia

Un fenómeno imprevisto se ha ido consolidando en el panorama de las exposiciones retrospectivas de arte. Son las exhibiciones que se dedican monográficamente no a artistas, sino a la crítica. Por ejemplo, se han hecho exposiciones sobre revistas de arte célebres, como *La Gaceta de Arte* y *Nueva Forma*, pongamos por caso. Pero una versión enfática de estos asuntos son las exposiciones que tratan directamente sobre los críticos. En la temporada pasada en Valencia, el IVAM celebró una estupenda exposición sobre Juan Eduardo Cirlot y otra sobre Joan Teixidor, también